



quizás esta misma noche tan pronto llegue a casa y por más cansado que esté o, si no lo estuviera y me encontrase sin coartada para no hacerlo quedándome por tanto sentado en el sofá frente a la tele, aunque vuelva a tener problemas con el vecindario furioso amenazando — por culpa de Indalecio y del canto por el que con la velocidad a la que recita pueda ir<sup>1</sup> y sin que quepa la esperanza de que, por mucho que le cunda y que le cunde, lo hubiera terminado de día sin que con los ruidos lo oyéramos nadie porque, ya me lo advirtió mi tía, cuando termina con el cuarenta y seis vuelve al principio — con avisar a la policía pero, aunque tal suceda, solventaré el asunto todo lo deprisa que pueda llamando, si es necesario, a una floristería de guardia pidiendo que traigan, urgente, un ramo de rosas para doña Gardenia o, si las que más vociferan son las señoras de verdad que suelen ser bastante más histéricas, seis o siete docenas con sus respectivos celofanes y lacitos y que se los repartan y, acto seguido, cenaré cualquier cosa, dejaré los cacharros en la pila, me tomaré un café bien cargado para que no me entre sueño<sup>2</sup> y, bien pertrechado de cigarrillos, hincaré los codos hasta que me los sepa de carrerilla.

---

<sup>1</sup>Recuerdo que la última vez que Lola me habló del asunto iba, o eso calculó ella, por más o menos el quince.

<sup>2</sup> Que podría ser otra coartada si el cansancio y las protestas de las damas fallan.